



Ilustración realizada por Mónica Ridruejo

Fide: Reflexiones Sociedad Civil (XIV)

29 de mayo de 2020

Reflexiones desde la sociedad civil.

Terminamos la decimoprimer semana del estado de alarma y del confinamiento que este nos trajo.

Hemos recorrido diversas etapas en lo personal, en lo profesional y en lo social. Creo que hay un sentimiento compartido de cansancio y de deseo de empezar a salir, a compartir con los nuestros y con los que no lo son tanto el espacio público, el aire libre y la alegría de haber superado el peligro.

Muchos ciudadanos empiezan a no sentir miedo, o al menos a no sentirlo con la intensidad de los primeros días.

Sin embargo, también empezamos a oír y recibir noticias procedentes de otros países y de distintos puntos de España sobre recaídas, referidas a que en algunos lugares hay que frenar la alegría y el proceso de retorno a la normalidad porque vuelven a aumentar las cifras de contagios y de ingresos hospitalarios.

Espero que solo unas cuantas malas noticias sean suficientes para que los ciudadanos nos concienciamos del problema, de la necesidad de seguir siendo responsables y ahora más que nunca pues la responsabilidad, aunque siempre residió en cada uno de nosotros, ahora en un entorno hacia la normalidad ya no podemos estar controlando cada esquina, cada carretera o cada oficina.

Tal vez a la sensación de relajación de los ciudadanos contribuyan también las noticias propias y ajenas. Las propias, centradas de manera exclusiva en enfrentamientos y pequeñeces entre los representantes políticos y las ajenas, en irresponsabilidades o, cuando no barbaridades, de los responsables políticos y en algunos casos policiales, como las que hemos tenido la desgracia de ver en televisión esta semana con ocasión de la detención policial de un ciudadano norteamericano. Todo ello puede crear la falsa sensación de que ya hemos vuelto a la normalidad, es decir, cada uno a lo suyo.

Todo ello solo nos puede perjudicar y ahora debemos redoblar nuestros esfuerzos por no perder nuestro objetivo, salir de esta situación de confinamiento lo antes posible, con la mayor cohesión social que seamos capaces de alcanzar y con el convencimiento de que la sociedad civil debe, mas que nunca hacer su función, seguirla haciendo como lo ha hecho durante estas 11 semanas.

Creo que en esta edición de las *Reflexiones desde la sociedad civil* se aportan una serie de ideas y propuestas del máximo interés en este sentido, creo que encontraremos en ellas posiciones compartidas por muchos de los ciudadanos.

La finalidad de los autores y de Fide es brindar una lectura para la reflexión y si se comparten estas aportaciones que los lectores las difundan, las comenten, y todo ello sirva para construir esa sociedad a la que todos aspiramos.

Ya nos diréis si es así.

Cristina Jiménez Savurido,
Presidente de Fide.
Madrid, 29/05/2020.-

3

Índice

1. La Pandemia. Reflexiones a la luz de la antropología y de la historia (II) 5

José Ignacio Ruiz Rodríguez 6

2. Los nietos 7

Miguel Ángel Recio Crespo 8

3. La pedagogía necesaria 9

Jesús Quijano González 11

4. Opinión y ciencia del coronavirus 12

Luis Antonio Sanz Valentín 14

5. El ansia de libertad en provincias 15

Antonio Pedraz 17

6. La vuelta al virus en 80 días 18

Antonio García Paredes 20

7. ¿A quién le importan los hechos? 21

Álvaro Lobato 22

La Pandemia. Reflexiones a la luz de la antropología y de la historia (II)

Con la globalización, la sociedad disciplinaria (Foucault) del deber se ha transformado en la sociedad del cansancio (Chull Han), fundamentada en el paradigma neurológico, donde el YO DEBO se ha sustituido por la positividad impuesta del YO PUEDO, con el resultado de personas psíquicamente enfermas. Estamos sumergidos en subjetivismos emotivos y muy alejados de la objetividad y de la razón kantiana. Hemos acabado con todo lo que tiene raíces. Todo es efímero, utilitario, de usar y tirar. Hasta lo que algunos llaman **cultura**. La cultura enraizada en la tradición, la que da consistencia a una sociedad, no existe. Estamos en la “cultura” gaseosa y volátil donde domina la opinión momentánea, inventada, manipulada que han elevado a la categoría de normal lo absurdo.

Estos son elementos de nuestro sistema social, que se ha hecho global, no lo que nos quieren hacer creer. La **sociedad de la abundancia**, de la **información**, pero también la del **cansancio** neurológicamente enferma. Muchas disfunciones aparecen en el globalismo que determinados movimientos ideologizados, no tardarán en aprovechar. No creo que deban ir por ahí las cosas. Deberían discurrir por el entendimiento de la nueva cosmovisión que nos está afectando y que supera a la percepción que tienen todos los políticos del mundo. Deberíamos salirnos de la manipulación constante. De la corrupción de las mentes mediante la utilización espuria del lenguaje que inculca odio en busca del conflicto a través de la invención de grupos sociales contrapuestos.

Estamos asistiendo a la ruptura de la armonía social con una naturalidad impropia. Las crisis son el origen de nuevas oportunidades y posibilitan mandar a la basura los desechos en descomposición que todas las sociedades acaban generando con el tiempo. Del sufrimiento se sale fortalecido, porque nos enseñan lo malo que hemos hecho y a saber que dependemos de la **colectividad**.

En España además de epidémico tenemos una crisis política interna, en tanto que **comunidad política**. No existe una mínima y necesaria vertebración. Ahora, con la crisis del Covid19, nos enfrentamos a una **catástrofe** global en la que se subsume la nacional con importantes consecuencias sociales, económicas y hasta culturales. En 1917 se desató el famoso virus de la gripe que vino a sumarse a la Gran Guerra. El resultado fue que el mundo cambió, no sin dejar un largo periodo de angustia, la muy conocida gran depresión y crack del 29 y lo que vino después, con los **totalitarismos** de ambos signos y que desembocaron en la II Guerra Mundial. Ese fue el colofón de un largo camino al no interpretarse bien lo que ocurrió a principios de siglo. Hoy deberíamos aparc

nuestras diferencias ideológicas, porque lo prioritario no es el mundo que cada uno desea, sino salvar el soporte que nos queda: la nación unida es la tabla de salvación.

Para España yo propondría, que la sociedad **no** política, la de los contribuyentes, dejáramos de entrar en el juego que nos proponen los partidos y los agitadores sociales. El enfrentamiento ideológico nos conduce a la **animalidad** y nos aparta de la **racionalidad**. Esta es la mejor y única manera de unirnos como españoles, como la nación histórica que somos para enfrentar **fraternalmente** la actual crisis. Ya vivimos momentos trágicos en que la nación abandonada por sus responsables políticos, supo responder con unidad frente al invasor francés. También conviene recordar la pasada Guerra Civil que enfrentó a la nación en visiones ideologizadas.

(Continua)¹

José Ignacio Ruiz Rodríguez,
Catedrático de Historia Moderna
de la Universidad de Alcalá de Henares.
Madrid, 15/05/2020.-

¹ *NOTA.- Esto es una versión resumida en tres partes de un Ensayo más largo en 10 páginas. Si alguien tiene interés en la versión extensa, lo puede solicitar al email: jignacio.ruiz@uah.es*

Los nietos

De regreso de mi paseo matutino, me encontré con varias personas mayores que salían a la calle en el inicio de su franja horaria de liberación del confinamiento o que hacían deporte. Una de esas personas era José María Álvarez del Manzano, ex alcalde de Madrid y amigo, a quien saludé a distancia. Pensé que todas esas personas son ahora población de riesgo ante el Covid-19 y me di cuenta de que eran más vulnerables que nunca.

Esta visión que tenemos todos respecto de los mayores, impide reconocer que en otro tiempo fueron personajes con responsabilidades y que alcanzaron sus logros sociales, profesionales, familiares y personales, que ahora se nos escapan. Algunos, como José María, hicieron grandes cosas por la ciudad de Madrid. De otros, sólo unos pocos conocen lo que fueron o lo que hicieron.

A veces, ni siquiera los nietos tienen en mente que sus abuelos no son sólo esos ancianitos a los que hay que cuidar hoy más que nunca, a quienes las madres dicen que hay que llamar por teléfono y de quienes hay un álbum de fotos antiguas en un armario. La imagen con arrugas de personas mayores se impone sobre todo lo demás. Los hijos de esos mayores sí los recuerdan vigorosos y activos en su papel de progenitores. Los nietos los ven como abuelos que siempre fueron para ellos y, en muchos casos, ni siquiera conocen sus hazañas.

Antiguamente las familias y los amigos escuchaban a los ancianos narrar sus historias porque servían de aprendizaje. En esas historias los mayores empuñaban una espada contra el enemigo o sujetaban un buey en la herrería o soportaban una tormenta en el monte o atravesaban a caballo un valle nevado. Mujeres y hombres ancianos eran, con sus propios recuerdos, la memoria histórica y el entretenimiento de la comunidad. Aquello les convertía en personas altamente valoradas.

Sin embargo, hoy las historias de los mayores han sido sustituidas por series de televisión, tertulias en podcasts, sonrisas de *influencers* de fachada bonita y fondo desconocido en las redes sociales o, simplemente por un ocio ejercido desde el más absoluto individualismo, crítico en el mejor de los casos.

En estos momentos que nuestros mayores tienen miedo y viven confinados, cuando necesitan movilidad y aire puro, se merecen no sólo el cariño y el cuidado de sus nietos, sino también que éstos les conozcan bien, escuchen con atención sus historias y también se merecen, si creen que corresponde, que les rindan algún tipo de homenaje.

En mi primera novela (“La oficina de la cuarta planta”, Incipit Editores 2018) se describe a un nieto reconstruyendo la vida de sus dos abuelos a través de cartas, diarios y otros documentos que caen en su poder después del fallecimiento de ambos. El nieto lamenta no haberles preparado ese homenaje de reconocimiento.

Quienes tienen la suerte de contar con sus abuelos, deben saber que pueden utilizar los medios tecnológicos de que disponen para recoger sus historias y así conservarlas y recordarlas cuando ya no estén. Muchos que parecían tímidos, se han vuelto más vanidosos con la edad y estarán encantados de participar en la experiencia. A quienes se resista bastará con escucharles porque esa es la mejor prueba de reconocimiento que se les puede hacer. Y a quien no sepa por dónde empezar, me atrevo a darle algún consejo: dedicar tiempo, comenzar por el principio y formular preguntas que ayuden a la narración.

Todas esas historias estarán repletas de enseñanzas lanzadas con el cariño que sólo los abuelos saben ofrecer a sus nietos. Ser capaces de verlas y de interiorizarlas será el mejor patrimonio que puedan legarles.

Miguel Ángel Recio Crespo,
Gestor cultural y escritor.
Madrid, 15/05/2020.-

La pedagogía necesaria

La pedagogía es esa técnica (a menudo un arte, más que una técnica) que permite expresar correctamente lo que uno quiere trasladar a los demás, de manera que sea también correctamente entendido. O, al menos, entendible para quien quiera entenderlo. Como tal técnica, es absolutamente imprescindible para quienes tenemos por oficio transmitir conocimientos a otros en cualquier nivel, con el objetivo de hacernos comprender. Maestros, profesores y demás colegas del gremio sabemos bien la diferencia que hay entre disponer de conocimientos y saber transmitirlos; y hasta sabemos también que con frecuencia es más apreciado quien, teniendo menos conocimientos, los transmite mejor, que, a quien le ocurre lo contrario.

Pues bien, hago esta entradilla para sentar un punto de partida: la pedagogía es todavía más necesaria cuando se trata de transmitir, explicar o justificar una decisión, una previsión, una intención, de quien tiene la posibilidad de influir sobre el interés general de un colectivo, porque tiene atribuida esa función tan importante. Más que necesaria debería ser obligatoria. Obviamente, estoy pensando en el ámbito público, en la política, en definitiva; más aún, estoy convencido de que la política, en un alto porcentaje, es sobre todo pedagogía, en esa delicada variante de hacer aparecer como objetivamente razonable, aconsejable o inevitable lo que se pretende decidir, evitar, hacer, o dejar de hacer.

Si esto es así, hay una variante de la pedagogía política que me parece tan o más relevante que la pedagogía explicativa; los expertos en comunicación la llaman “pedagogía preventiva”, y sirve para preparar, anticipar, avisar, prevenir, etc., de antemano, sobre algo que va a ocurrir, o puede ocurrir, para que el impacto sea menor y la comprensión mayor, cuando ocurra. Dicen también que esta variante es particularmente útil cuando el eventual acontecimiento, cuya probabilidad se anticipa, no es dichoso, sino más bien lo contrario, penoso, negativo, indeseable, en suma.

Un antecedente bien conocido, y no muy distante aún, lo explicaré mejor. Recordarán que, cuando se avecinaba la tremenda crisis de 2008, y durante bastante tiempo, el discurso oficial era, más o menos, el de “aquí no pasará nada”; ligeras turbulencias financieras que no afectarán a un sistema bancario sólido como el que tenemos, con un sector inmobiliario pujante y una economía en crecimiento. Y así, prácticamente sin matices, hasta que, de pronto, de un día para otro, pasó lo que pasó, y hubo que tomar duras medidas, porque era insostenible mantener el mismo nivel de gasto social, que además crecía, mientras se reducían los ingresos a causa de la recesión, y la capacidad de endeudamiento se iba complicando con primas de riesgo desbocadas. Las medidas

más duras se tomaron en mayo de 2010, casi dos años después del comienzo de la crisis; durante ese tiempo, sólo pastillas y paliativos, cuando ya se veía venir la necesidad de una cirugía cada vez más cercana. Que, por cierto, no se hizo por gusto.

Tal vez algo de pedagogía preventiva hubiera ayudado. O sea, vamos a intentar que pase de largo y mantener los objetivos, los programas y las prestaciones; pero sepan que vienen mal dadas, y que puede ser necesario ir tomando progresivamente algunas medidas (¡obviamente impopulares!), con el fin de evitar otras más drásticas si esto se pone peor, cosa que puede pasar y es probable que pase, como pasó. Más o menos eso: advertir, actuar, explicar, con más de un año de antelación. Lo dicho: pedagogía preventiva en estado puro.

¿Tiene aquello alguna similitud con la situación actual? Insistentemente se dice que no, que esta vez es, y será, distinto. Algo de cierto hay: aquello fue de la burbuja inmobiliaria al sistema financiero (¡el crédito y la deuda!, como siempre), y de ahí a toda la economía, la productiva, la de servicios, toda, con las secuelas de desempleo, pobreza y desigualdad que bien conocemos. Lo de ahora viene de una crisis sanitaria que, de inmediato y por sus características, muta en crisis económica. No hubiera venido mal algo de pedagogía preventiva cuando se empezaron a tener datos fehacientes de la expansión del virus: frente a aquel discurso de “menos que una gripe vulgar y corriente”, al menos algo de advertencia y de prevención, bien explicadas, tal vez hubiera ayudado, si es que aún no había llegado el momento de las medidas imperativas, porque aún no había evidencias suficientes para adoptarlas de la forma drástica con que luego se hizo. La cosa fue como fue, y convendrá analizarlo cuando llegue el momento para que la experiencia sirva en el futuro, si llegara a repetirse, que no está descartado, ni con este virus, ni con otro.

Pero va tocando la economía. Hasta ahora se han adoptado encomiables medidas de emergencia en forma de ayudas, avales, aplazamientos, etc., con importantes efectos, pero todavía de alcance parcial y transitorio. Aún no se sabe la afectación final de la economía en su conjunto, ni cuánta será la dimensión del destrozo, aunque la previsión es que será amplia. Nos pilló todo esto en una fase razonablemente optimista, con previsiones de crecimiento, y la brusca interrupción de ese proceso se llevará por delante, con mucha probabilidad, muchas expectativas. Así que las tareas se van a duplicar: reconstruir lo dañado, reactivar lo detenido. Un escenario fácil de prever, porque no nos es desconocido: gastos crecientes, ingresos menguantes, y recurso complicado a la deuda y al crédito, con más costo, porque nuestro déficit sobre PIB ya era elevado y los acreedores, ya se sabe, son mala gente, que quieren cobrar cuando prestan o cuando financian.

Y, de momento, los discursos mantienen la línea: a grandes rasgos, no volverá a pasar lo de 2008, habrá para todo, para mantener y reforzar los servicios públicos, para recuperar el sector privado, sin tener que reducir nada, y sin que nadie se quede atrás, contando con reformas tributarias, eurobonos u otras ayudas europeas. ¡Ojalá salga la cuenta! Pero, cuando aún no se sabe la magnitud del socavón, tal vez no estuviera mal un poco de pedagogía preventiva, que, en el fondo, no es más que cautela, prudencia, sinceridad y responsabilidad, un cuarto de cada. Simplemente por si acaso.

Jesús Quijano González,
Vocal Permanente de la Sección de Derecho Mercantil,
Comisión General de Codificación.
Catedrático de Derecho Mercantil, Universidad de Valladolid.
Miembro del Consejo Académico de Fide.
Madrid, 22/05/2020.-

Opinión y ciencia del coronavirus

Decía el profesor Gaspar Ariño que en esta vida, para saber, se requieren tan solo dos cosas: “leer El Quijote y leer la Biblia”, para añadir después, tras un breve silencio: “y leer la prensa a diario”.

Las noticias llegan por sí solas en estos días, sin que apenas sea necesario realizar esfuerzo alguno para buscarlas, pero responder con cierto fundamento a todos los interrogantes que las mismas plantean requiere, ciertamente, de herramientas más potentes y precisas que las que proporciona la prensa.

Resulta así muy difícil, a la luz de los acontecimientos que nos rodean, no pensar en determinados pasajes de la Biblia, como el de las plagas de Egipto, por el hecho mismo de la pandemia, y, entre ellas, en particular, en la muerte de los primogénitos, por el carácter selectivo que parece mostrar el coronavirus; el pasaje de la destrucción de Sodoma y Gomorra, por la desolación que la enfermedad deja tras de sí y la huida sin mirar atrás a la que aboca, incluso a los más allegados a las víctimas, que ni siquiera pueden despedirse de sus seres queridos; el del diluvio universal, por la devastación generalizada que ha provocado el virus y el aislamiento que conlleva; la interpretación del sueño del faraón de las siete vacas gordas y de las siete vacas flacas por parte de José, por la crisis económica que se ha generado tras años de bonanza económica; y el de la torre de Babel, por la confusión, desconcierto y discordia que se están creando entre las naciones.

En función de las causas y de los efectos de la pandemia que se contemplan, la explicación de esta puede hallarse en uno u otro pasaje de la Biblia, o en varios de ellos a la vez.

La ciencia se ha esforzado por ofrecer una explicación racional y plausible de muchos de esos sucesos, cuyo origen la Biblia sitúa en la cólera de Dios ante las iniquidades de los hombres, y cuya desaparición sitúa, en cambio, en la misericordia de Dios y en su amor por la humanidad que ha creado. Acontecimientos tan extraños como la muerte de los primogénitos por el ángel exterminador han encontrado así una explicación en clave estrictamente científica, aunque la explicación más estremecedora es, sin duda, la del diluvio universal, que lo relaciona con la erupción de un supervolcán, lo que provocó la disminución de la humanidad a varios miles de individuos, motivo que permitiría clarificar la proximidad de la carga genética de todos los seres humanos.

Resulta llamativo que esa búsqueda de explicaciones de sucesos narrados en la Biblia

desde un punto de vista estrictamente científico, a través de la cual se pretende situarlos dentro de un marco racional y creíble, sea también, respecto del coronavirus, un simple modo más de aproximación, comprensión y entendimiento del mismo, sujeto completamente a los vaivenes de la duda o, más aún, de lo opinable, y que la mirada de la humanidad en la búsqueda de causas y efectos y en la reflexión sobre los mismos se centre, más bien, en aspectos muy poco o nada científicos, más propios de la Biblia, de El Quijote, o de cualquier otra obra literaria de naturaleza similar a este.

Las razones manejadas por la medicina, la biología y, en general, la ciencia, con respecto a las causas de la pandemia pugnan, en muy desigual batalla, con aquellas otras que circulan por calles y foros, de carácter mucho más pragmático: la explotación sin medida de la naturaleza; la falta de previsión en períodos de bonanza; el desarrollo técnico sin base humana; la globalización al margen de las personas; una creencia y confianza desmedidas y sin fundamento en las capacidades del hombre y en el progreso continuado de la humanidad; el abandono a terceros de sectores y producciones más o menos estratégicas, etc.

En cuanto a los efectos del coronavirus, estos se observan también, de forma mayoritaria, en una esfera similar, ajena a los paradigmas científicos: la fuerza de la solidaridad y de los lazos entre personas; el valor de la humanidad y de la ayuda; la importancia de la familia y de los vínculos personales; el reconocimiento de las limitaciones del hombre; la necesidad de invertir recursos en cuestiones vitales y no accesorias; una remuneración más acorde con el esfuerzo y el servicio a los demás; la conciencia de la existencia de una responsabilidad colectiva en el desarrollo de los acontecimientos, etc.

Este modo de entender los fenómenos que escapan de nuestras capacidades, alejado de paradigmas estrictamente científicos, ya se observó en los fenómenos atmosféricos que experimentó el levante peninsular en el mes de enero, conocidos con el nombre de “borrasca Gloria”, respecto de los cuales se utilizaron argumentos tales como que la naturaleza se rebeló y recobró para sí el lugar que ocupaba y que le había sido arrebatado furtivamente por el hombre, escupiéndole de sus entrañas los desechos que se le habían arrojado.

Muchas de las afirmaciones o reflexiones que se hacen desde esta nueva y antigua perspectiva, que actúa a modo de concentrado práctico de memoria colectiva, pueden tener un cierto trasfondo o base científicas, como el de la biodiversidad destruida, pero las reacciones generales se mueven, mayoritariamente, en una órbita más próxima a la que reflejan los sucesos bíblicos y las enseñanzas de El Quijote que a las que proporciona

la ciencia. Con todo ello, parecen haberse redescubierto otros valores y seguirse una luz de naturaleza diferente, ajena a la científica; una luz que antes parecía engañosa e incierta, pero que ahora se perfila como más creíble y firme.

Luis Antonio Sanz Valentín,

Doctor en Derecho.

Abogado Director en el Departamento
de Derecho Inmobiliario de Marimón Abogados.

Madrid, 25/05/2020.-

El ansia de libertad en provincias

El pasado sábado me encontraba en la oficina cuando escuché cómo llegaba medio centenar de vehículos hasta la Explanada de Riazor, la mayoría con un par de banderas de España ondeando amarradas en los cristales de las ventanillas. El día anterior habían solicitado poder concentrarse en este recinto como paso previo a iniciar su protesta por las calles de A Coruña.

Era demasiado el jaleo, las proclamas a la libertad, los gritos de dimisión, el alboroto de los claxon, por lo que decidí bajar e indagar en el motivo de su protesta.

Me puse la mascarilla para acercarme hasta un pequeño corrillo donde enseguida salió a colación la falta de libertad, a lo que argumenté que sin ella no habrían podido estar allí en ese momento, con el visto bueno de las autoridades, para poder expresar su disconformidad. Uno de ellos insistió en las explicaciones aduciendo que yo no acababa de entenderlo, que estaba ante seres libres que habían nacido para hacer lo que les apeteciera, cuando les viniera en gana.

Todo coincidió con el instante en el que uno tras otro fueron regresando a sus vehículos para reiniciar la marcha, incorporarse de nuevo al Paseo Marítimo y rasgar con sus claxon la calma de una mañana primaveral.

Con la explanada vacía me quedé pensativo, y no sé por qué mi cabeza retrocedió en el tiempo casi cincuenta años, hasta una tarde de verano, de paseo por la calle de La Reina, en Lugo, en compañía de mi madre y mi hermano, en el instante en el que le rogaba a mamá que me dejara ir a ver a mi padre a El Progreso, nos encontrábamos muy cerca y era habitual ese tipo de petición cada vez que los tres salíamos a pasear.

Sólo cinco minutos, respondió ella, el tiempo que tardo en comprar en Simeón las telas que necesito, dijo. Corrí a toda velocidad por la calle Juan Montes y enseguida me planté en el portal del periódico, delante de la gigantesca puerta de hierro y cristal papelonado que daba acceso a los talleres, con el nombre del periódico rotulado en negro. La abrí con dificultad y desfilé por el estrecho pasillo acotado a ambos lados por dos hileras de periódicos que parecían haber sido abandonados allí para sostener las paredes, giré y dejé atrás las linotipias y el olor a plomo, antimonio y estaño de los lingotes, a medida que avancé por la nave el penetrante aroma a tinta fresca me fue acercando al recinto de la rotativa, una máquina que siempre me pareció mucho más grande que un barco, y al fondo de la nave corrida por fin el laboratorio del fotograbador, mi padre. Al entrar me recibió la habitual mezcla de aromas a alcohol, benzol, aguarrás y tinta, papá siempre

olía así, si me concentro e inspiro hondo todavía soy capaz de olerle. Al observar cómo estaba encendida la luz roja del cuarto oscuro supuse que revelaba algún negativo. Papá, estoy aquí, alcé la voz, a lo que me respondió que le esperara en el patio, con Gut, que él no tardaría.

Gut había sido Ter durante un tiempo, un perro nacido el mismo año que yo y al que papá le había cambiado de nombre. Cómo se va a llamar Ter un perro que vive en un periódico, tiene que llamarse Gut, por Gutenberg, me explicó una tarde. Gut vigilaba el patio trasero del periódico, un gran jardín que moría a los pies de la muralla romana, pero su vida se complicó después de cumplir un año, cuando mordió a un linotipista que cometió el error de invadir su territorio mientras fumaba un cigarrillo. Papá pidió que no lo sacrificaran y se comprometió a ocuparse de él, a lo que accedió la dirección del periódico siempre que viviera amarrado para el resto de sus días. Y así ocurrió, papá colocó un cable de más de cien metros, desde la pared del edificio hasta las piedras bimilenarias de la muralla para que Gut permaneciera encadenado a una argolla que se deslizaba por el cable.

Ambos debíamos tener 12 años, aquella tarde hacía calor, cuando salí al jardín trasero noté el frescor de los árboles, Gut dormitaba a la sobra de uno, le llamé. Al verme acudió a toda velocidad, moviendo el rabo, como cada vez que le visitaba, papá aseguraba que yo era el único por el que se dejaba acariciar, y nada más llegar se sentó para que le tocara. No sé qué pasó por mi cabeza, recuerdo que ambos nos miramos un instante a los ojos, entonces, sin encontrar una explicación, alcancé el mosquetón que ligaba a Gut a aquella cadena y lo abrí.

Fueron sólo unos segundos los que ambos permanecimos inmóviles, él me miró al principio pero, debió ser el instinto, a continuación sus ojos buscaron la puerta entreabierta por la que yo acababa de entrar. Para mi impotencia Gut se precipitó en busca de su libertad sin que pudiera hacer nada por evitarlo, mi única esperanza era que la gran puerta de hierro y cristal de la entrada estuviera cerrada, aunque no tuve suerte. Después de sortear a unos y otros encontró la salida, los trabajadores sólo tuvieron la oportunidad de sentir pasar a un espectro en busca de su libertad, y los que en ese momento recogían los periódicos atrasados de la entrada ni se enteraron de su huida. Cuando salí a la calle sólo pude comprobar cómo huía en dirección a la Plaza de Santo Domingo.

Él nunca tuvo demasiada suerte, la efímera libertad de Gut se truncó de repente a cincuenta metros cuando acabó bajo las ruedas del autobús número 4, que viajaba cargado de pasajeros rumbo a La Piringalla.

Ojalá que a la libertad de esta sociedad nuestra, la libertad que tanto llena algunas bocas estos días, no le ocurra lo mismo que a la de Gut, que se encuentre de repente con un autobús como aquel, ahora conducido por las ansias de poder y en el que viajan de pasajeros la insolidaridad y el egoísmo, que trunque para siempre esa otra libertad que hace sólo unos meses nos permitía soñar a todos con la garantía de saber que nuestra vida no corría el peligro de verse vapuleada por un rebrote fruto del interés político partidista, el individualismo y la falta de responsabilidad.

17

Ojalá que nuestra sociedad sea lo suficientemente cauta y no se lance de cabeza a un desconfinamiento que cercene la libertad que con lentitud vamos recobrando bajo el paraguas de un Estado de Alarma que se ha convertido en el único elemento capaz de devolvérsela con garantías, sin riesgo a sufrir atropellos nefastos que nos retornarían de nuevo a la amenaza de las UCIS desbordadas, a las cifras escalofriantes de muertos y a vernos abocados a otro confinamiento en el que nuestra única meta sea el aplauso de las ocho a los sanitarios y el escuchar a todas horas el Resistiré.

Antonio Pedraz,

Técnico del Servicio Municipal de Deportes del Ayuntamiento de A Coruña.

A Coruña, 26/05/2020.-

La vuelta al virus en 80 días

Por una vez, y sin que sirva de precedente, voy a hacer un **ejercicio de pesimismo**. El día 14 de marzo de 2020 iba a salir de viaje hacia un lugar desconocido, pero con un propósito cierto: alejarme del coronavirus que estaba amenazando a Madrid, a España y a otros países del mundo. Noté un portazo a mis espaldas y de pronto me di cuenta de que me hallaba encerrado en mi casa, con llaves, pero sin poder salir. Era lo que otros llamaban un **confinamiento**. Por lo visto había sido una orden general del gobierno. Se cerraron comercios, oficinas, servicios públicos, fabricas, teatros, cines, almacenes... Todo se paró de golpe, como se hubiera producido un gran apagón.

Comenzó un viaje en el que el único contacto visual con lo que pasaba en el exterior lo proporcionaba la **televisión**, que día tras día iba dando la misma información, sobre los mismos hechos, con las mismas consignas, con los mismos miembros del gobierno ante los micrófonos...Solo variaban los confusos números de contagiados, de fallecidos y de recuperados. Lo demás, todo igual. Los mismos agobios de los hospitales por la falta de medios, las mismas tragedias de las residencias de ancianos, las mismas imágenes sensibleras del “**resistiré**”, las canciones oportunistas y efímeras de algunos denominados autores musicales, y los mismos enfrentamientos entre políticos en los escaños del parlamento. Como telón de fondo se avisaba de la perdida de puesto de trabajo, de falta de ingresos en familias y autónomos, de paralización del turismo y de la construcción, y se anunciaban ayudas y más ayudas, del Estado y de la Unión Europea, que no terminaban de llegar a los bolsillos de los más afectados. Un collage que, colgado el primer día del confinamiento, podía haber figurado en los días sucesivos, uno a uno.

Con el paso de los días, el fragor cálido de los aplausos de las ocho de la tarde fue sustituido por el ruido metálico de las caceroladas. Se fijaron horas de paseo para unos y otros. Las grandes avenidas se convirtieron en pistas de aeropuerto en las que los peatones se mostraban incapaces de despegar del suelo por el que sus pies se deslizaban pesadamente. La tristeza y el desánimo se ocultaba detrás de las mascarillas. El recuperado canto de los pájaros era interrumpido intermitentemente por las sirenas de policías y ambulancias. El bullicio del mercado se trocó en entradas intermitentes y controladas. Los perros tiraban de sus amos con más ánimo de vagar por la calle que de ser devueltos a la clausura del piso. Y los padres jóvenes apenas podían llevar a rastras a sus hijos pequeños de vuelta a casa porque concluía el tiempo de la hora reglamentaria de paseo.

Nos habían dicho una y otra vez que había que subir una empinada cuesta, que solo llevaría en principio 15 días de confinamiento. Pero faltó tiempo para tan escabroso

trecho y hubo una prórroga más, y luego otra, y luego otra. Hasta cinco. Y se anunciaba la llegada del “**pico**” y el comienzo de la “**desescalada**”. Ya daba todo igual, porque no se sabía con certeza qué era lo que pasaba y por dónde iban las cosas.

Cómo único signo de esperanza sólo se hablaba de que en breve abrirían **las terrazas de los bares**, se podría ir a la **playa** y se podrían reunir personas **en grupo**. (Como si la solución de todo fuese a estar en la cerveza y en el baño).

No se hablaba de los pasos para reforzar el sistema sanitario, o de inversiones en el mundo de la dependencia, o de recuperar empleos, o de volver a contar con el puesto de trabajo y con la nómina a final de mes, o del modo de hacer resurgir la industria, de dinamizar el comercio, de volver a las clases, de recuperar la investigación, de regresar al normal funcionamiento del parlamento y de las instituciones políticas y judiciales.

En los medios de comunicación empezaron a aparecer artículos de opinión celebrando la crisis del coronavirus como una “oportunidad” para el cambio climático, para la modernización de las empresas, para la implantación más rápida de las nuevas tecnologías, para el cambio, en fin, de la mentalidad y de la moralidad del ser humano. Daba la sensación de que “**el día después**” iba a ser lo más fabuloso visto desde la segunda guerra mundial. El virus habría transformado el mundo. Pero no se indicaba quiénes iban a ser los protagonistas de ese cambio ni el modo en que lo conseguirían.

El día **1 de junio** se habrán cumplido los ochenta días clásicos para dar la vuelta al mundo, en este caso el mundo del COVID 19. Y da la impresión de que al volver al final del paréntesis del estado de alarma **todo permanece igual**. Seguimos teniendo por delante la **lucha contra el coronavirus** y la necesidad de protegernos frente a él. Se echa de menos una elevación del **grado de responsabilidad de los ciudadanos** que vuelven a inundar las calles, los bares, los paseos, las playas, los medios de transporte. No acaba de verse plasmada **la ayuda a desempleados y autónomos**. La lenta **incorporación de los funcionarios** se asemeja al tradicional absentismo del colectivo. Los **centros de salud** van al ralentí por **miedo**, en unos casos, por **falta de medios** en otros. Y no acaba de aclararse el **futuro de las empresas**, de los autónomos, y de la **reestructuración de la economía y de la industria**. Ni que los **políticos** hayan abandonado sus **ancestrales desencuentros** y sus **decadentes modos de discusión**.

Hasta aquí, mi **ejercicio de pesimismo** (fruto tal vez del propio confinamiento). Ahora trataré de exponer lo que deseo para mi país y para mi gente, una vez que la pesadilla parece que ha llegado a su fin.

Estoy seguro de que España, sus gentes y sus pueblos, aunque tendrán que aprender a convivir con éste y con otros virus, va a seguir **apostando mayoritariamente por la vida**. Esa vida que nos llena de alegría y entusiasmo y que muchos han visto en riesgo de perderla. Una vida que es un **derecho de todos**, sin exclusiones (niños, mayores, ricos y pobres). Va a recuperar y a fortalecer su **sistema sanitario** (cuyos integrantes han demostrado saber estar a la altura de las circunstancias). Va a acoger y proteger con más cariño y eficacia a sus **mayores**. Va a fortalecer los mecanismos de protección de **los más vulnerables y desprotegidos**. Va a luchar denodadamente por la **dignidad** de todos aquellos que buscan **un trabajo** para realizarse y mantenerse a sí mismos y a sus familia, con especial atención a las jóvenes generaciones. Va a asumir el reto de la **austeridad** que supone el compartir con todos la riqueza que entre todos se alcanza. Va a comprender que ya es hora de **cuidar de la naturaleza** y de impulsar un **crecimiento sostenible y respetuoso (que implica a empresarios y a trabajadores)**, uniéndose y promoviendo los movimientos que en Europa y en el mundo apuntan hacia ese **cambio tecnológico y ético**. Todo ello con un esfuerzo público responsable para la **idónea utilización y control de los apoyos económicos** de la Unión Europea.

Y no deberemos olvidar **que los problemas del mundo son problemas de todos** y que sólo una **conciencia universal**, rigurosa y solidaria, ayudará a sacar adelante a esta **especie en peligro**, cuyos integrantes -de uno a otro confín del planeta- hemos vivido la experiencia de **llorar juntos, pero también de alegrarnos juntos**.

Antonio García Paredes,
Ex Magistrado de la Audiencia Provincial de Madrid.
Madrid, 26/05/2020.-

¿A quién le importan los hechos?

“Uno goza de libertad para elegir sus opiniones, pero no puede elegir libremente los hechos”. Esta elemental máxima metodológica que señaliza la frontera entre la ficción y la realidad ha dejado de regir el universo del discurso público en las modernas sociedades complejas. El estándar de racionalidad que acompañó el desarrollo del pensamiento ilustrado y que está en la base de los grandes logros de la civilización occidental se ha diluido, hasta evaporarse, en las brumosas constelaciones del “pensamiento débil”, el deconstructivismo, la teoría de las perspectivas, los marcos mentales y los “spin doctors”.

El resultado final es una especie de anarquismo metodológico, un “todo vale” universal en el que el discurso se ha emancipado de “la dictadura de los hechos”. No hay ninguna verdad “ahí fuera” que podamos captar al margen de nuestras impresiones subjetivas. La realidad es un “constructo” moldeado e impregnado por la identidad del sujeto que la transforma en un hecho. La objetividad es una ilusión y la ciencia un relato más, una narración que compite en un mercado saturado, sospechoso de “colonialismo cultural”.

Este es el sustrato ideológico que otorga carta de naturaleza a los “alternative facts” y a las conocidas “fake news”. Conviene no olvidarlo cuando algunos se dedican frívolamente desde sus cómodos pesebres subvencionados a atacar la verdad de la ciencia y a postular alguna modalidad de esa sandez que es el relativismo epistemológico azuzando el fantasma que aparece cuando los sueños se hacen realidad, cuando un político sin escrúpulos considera que sus delirios son más acertados que la evidencia empírica o cuando se apoderan del discurso los negacionistas de la ciencia o los fanáticos del nativismo.

Abandonar el ideal regulativo del método científico, “superar” la racionalidad del relato bajo el pretexto de los prejuicios objetivistas, no es democratizar el discurso sino abrir la puerta de par en par a los oportunistas, a los fabuladores, a los “fabricantes de los hechos” que se aprovechan de nuestras disposiciones emocionales para conseguir objetivos muy alejados de los ideales democráticos que proclaman. Es el nuevo rostro del autoritarismo que ya no necesita de los desfiles uniformados de las camisas pardas ni de las estruendosas marchas al compás de los sonos de Wagner. Le basta con las sofisticadas técnicas que les permiten construir realidades alternativas.

En la actualidad un sector importante de la vida política ha sido colonizado por estas

prácticas. También actores sociales significativos y una parte no desdeñable de los medios de comunicación se ha sumado a la beligerancia contra la racionalidad. Un síntoma no anecdótico de todo ello es la necesidad de practicar una especie de “hermenéutica informativa” para poder escudriñar la noticia enmascarada en muchas ocasiones por la sesgada interpretación, que adecuadamente encuadrada en el marco mental correspondiente, se sirve a los consumidores.

La cuestión estriba en determinar los límites de la verdad y la resistencia de los individuos frente a las “realidades alternativas”. Los apologistas de la posverdad y las tribus cautivas que ensalzan sus logros creen que el futuro les sonríe. Tienen algunos motivos para el optimismo. Han conseguido éxitos no desdeñables y es posible que obtengan algún triunfo aún en el futuro. Pero la construcción alternativa de la realidad, la falsificación de los hechos y el desprecio al ideal regulativo del conocimiento, de una verdad que en alguna medida se corresponde con los hechos, tiene límites infranqueables. No es posible superar indefinidamente la realidad por la sencilla razón de que esta “existe”. En última instancia, hay un mundo ahí fuera donde vivimos, trabajamos, amamos y morimos y en el que hemos sido arrojados sin alternativa. Sencillamente no lo podemos desconocer. Los narcóticos pueden distraernos y aliviar el dolor, pero no ocultar su existencia pues como decía aquel científico al que se le pretendía convencer de que el mundo sólo existía en sus pensamientos “sé que es real porque cuando doy una patada a una piedra me duele”. Los políticos oportunistas y los arribistas de toda laya se equivocan: a muchos ciudadanos si nos importan los hechos.

Álvaro Lobato,
Patrono fundador de FIDE.
Madrid, 28/05/2020.-